

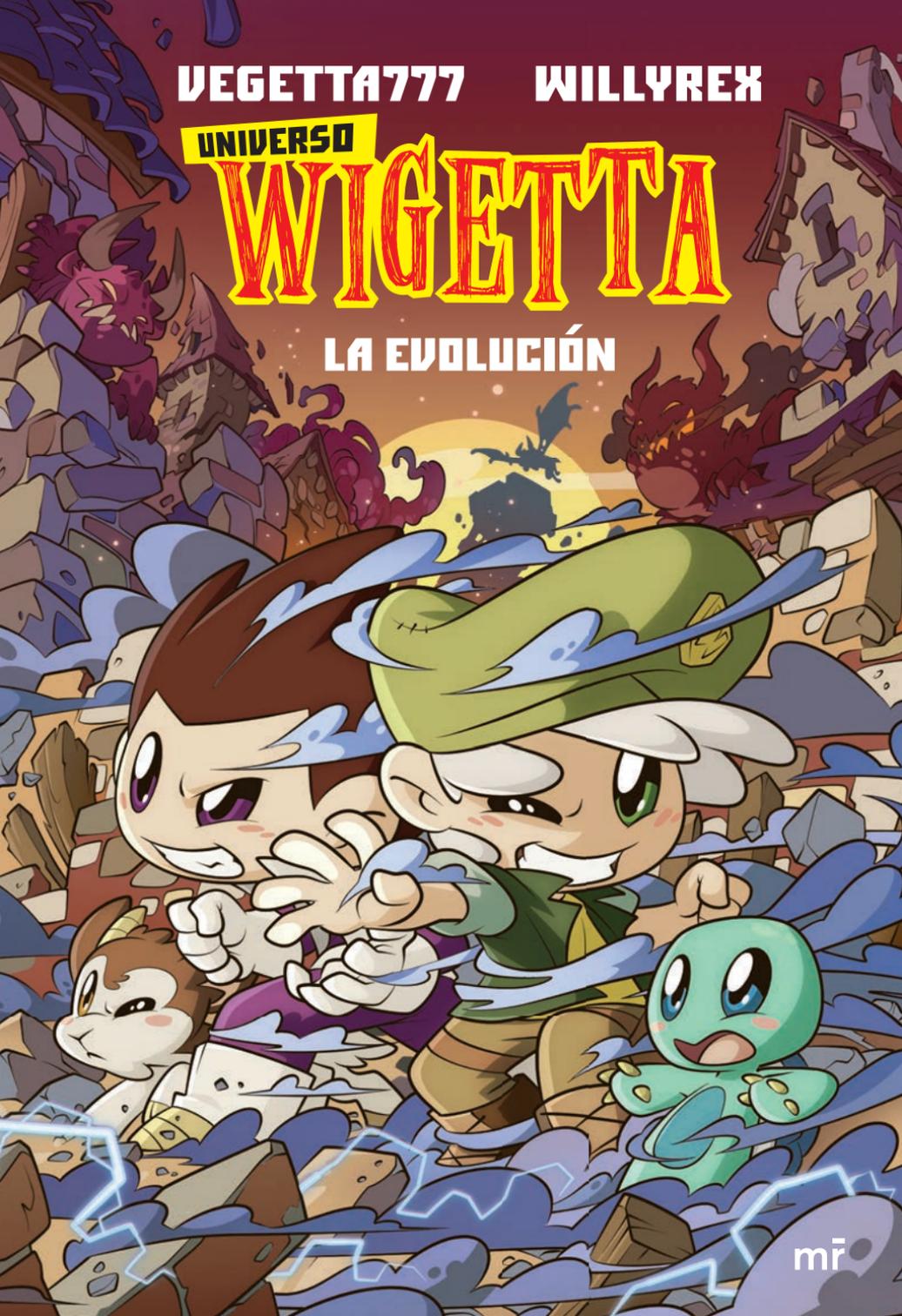
VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

LA EVOLUCIÓN



mī

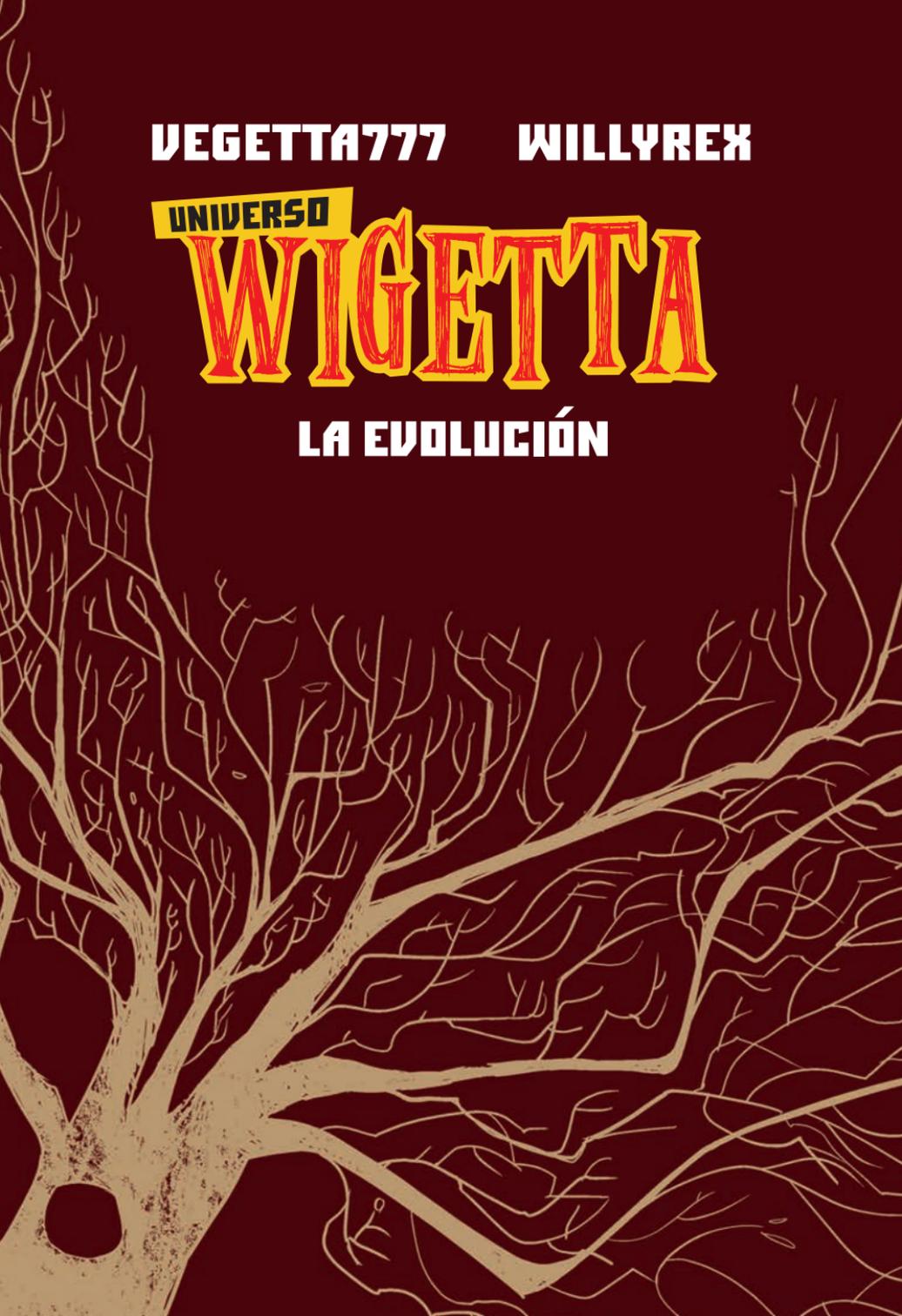
VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

LA EVOLUCIÓN





© Willyrex, 2021

© Vegetta777, 2021

Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y cubierta, 2021

© Pablo Velarde, por los bocetos, la línea, el color y la creación de personajes secundarios, 2021

Diseño de interiores y coordinación de ilustración: Rudesindo de la Fuente

ISBN: 978-84-270-4836-2

Depósito legal: B. 1.757-2021

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- 8 Un volcán inactivo
- 22 El cuento de Caperucita
- 42 El primer encuentro
- 54 Las revelaciones de Sombra
- 70 El regreso del maestro Kosmos
- 86 El entrenamiento
- 106 Ataque en la ciudad
- 126 Batalla en las calles
- 146 Una elección decisiva
- 160 La amenaza de Pueblo
- 180 Una sombra al acecho
- 198 El gran duelo



UN VOLCÁN INACTIVO

Cuando Willy y Vegetta regresaron de su anterior aventura solo deseaban una cosa: descansar. Habían viajado por el cielo y el infierno y luchado contra demonios y otras fuerzas oscuras de la naturaleza. Por suerte, desde que todo acabó un par de semanas antes, la tranquilidad más completa había rodeado a Pueblo.



No solo eso, sino que hacía un tiempo espléndido, como una especie de primavera adelantada. Todo el campo y los jardines se cubrieron de flores, la temperatura era suave y agradable y los pajaritos cantaban. Es decir, el tiempo perfecto para pasear. Y eso es lo que estaban haciendo cierto día los dos amigos: pasear por el campo junto a sus dos mascotas, Vakypandy y Trotuman.

—Se me hace raro ver el cráter ahí —dijo Vegetta.

—La verdad es que sí —le respondió Willy—. Menos mal que solo nosotros conocemos su secreto. Ahora es simplemente una montaña nueva.



—Aun así, no me acostumbro.

Durante las últimas semanas el cráter volcánico surgido a las afueras de Pueblo se había convertido en una atracción turística y científica. Nadie se explicaba cómo era posible que de la noche a la mañana hubiera aparecido un pequeño volcán en una zona tan estable como la región de Pueblo. Y además un volcán que permanecía por completo inactivo. Un misterio que los científicos llegados de medio mundo no eran capaces de resolver.





—Si supieran lo que se cocía ahí debajo —bromeó Trotuman.

—Aún se cuece, no lo olvides —advirtió Vakypany, recordando el reino infernal del que escaparon por los pelos, justo a través de ese cráter.

—Ya, ya sé que te trae malos recuerdos.

Sí, para Vakypany la aventura en el infierno no salió gratis. Su magia prácticamente se agotó al abrir el portal entre los dos mundos y no daba señales de recuperarla. Si antes la mascota de Vegetta era capaz de lanzar hechizos sorprendentes, desde que regresó del inframundo apenas podía hacer algún truco sencillo. Una pérdida que la entristecía mucho. Y también a sus amigos.

—Bueno, supongo que mi magia volverá con el tiempo —dijo la cabrita, procurando sonreír.

—Y con tus pequeños trucos haces felices a los niños —indicó Vegetta, procurando animar a su mascota.

—Eso es cierto —confirmó Trotuman—. Y yo sigo siendo un as de los videojuegos. Con estas cosas hacemos felices a los chavales.



Sin duda tenían motivos de sobra para el optimismo: habían logrado escapar del infierno, algo que nunca resulta fácil. Quizá los poderes de Vakypany fueran un pequeño precio a pagar. Sin embargo, todos sentían que

la última aventura no había sido igual que las anteriores, como si algo hubiera quedado pendiente. Pero... ¿el qué?

Para Trotuman estaba claro: el problema eran los turistas. Pueblo había sido siempre un lugar tranquilo que recibía pocas visitas. Es cierto que alguna vez sucedieron cosas sorprendentes, pero en general casi nadie se aventuraba por la zona. Ahora, con el asunto del cráter, no paraban de llegar domingueros, turistas y mochileros. Aunque la mayoría era gente simpática, no faltaba algún gamberro que ponía la música demasiado alta y molestaba a todo el mundo. O de los que tiran la basura donde les parece bien. El ayuntamiento de Pueblo había tomado algunas medidas, pero las molestias continuaban.

—**¡Mirad esto!**

—protestó Trotuman, recogiendo del suelo una bolsa de plástico—. ¡Cómo se puede ser tan maleducado!

La mascota de Willy, con gesto enfadado, arrojó la bolsa a una papelera.

—Es que siempre hay gente incívica. Ya aprenderán —intentó calmarle Willy—. Yo me conformo con que el mayor problema que tengamos a partir de ahora sea este: los turistas guarros.

Todos estuvieron de acuerdo: mejor una cáscara de plátano o una lata de anchoas vacía en el suelo que

vérseles con demonios y bestias infernales. Pero eso seguro que no iba a volver a ocurrir, por lo que los cuatro amigos se alejaron del cráter sin hablar más del asunto y tomaron el camino del bosque. La arboleda no se encontraba muy lejos de Pueblo y era uno de los lugares favoritos para hacer excursiones y meriendas. Crecían por allí árboles de muchas clases, había fuentes e incluso uno podía bañarse en un pequeño lago. Todo parecía normal y, sin embargo, aquel día daba la sensación de que algo no era como debería ser.



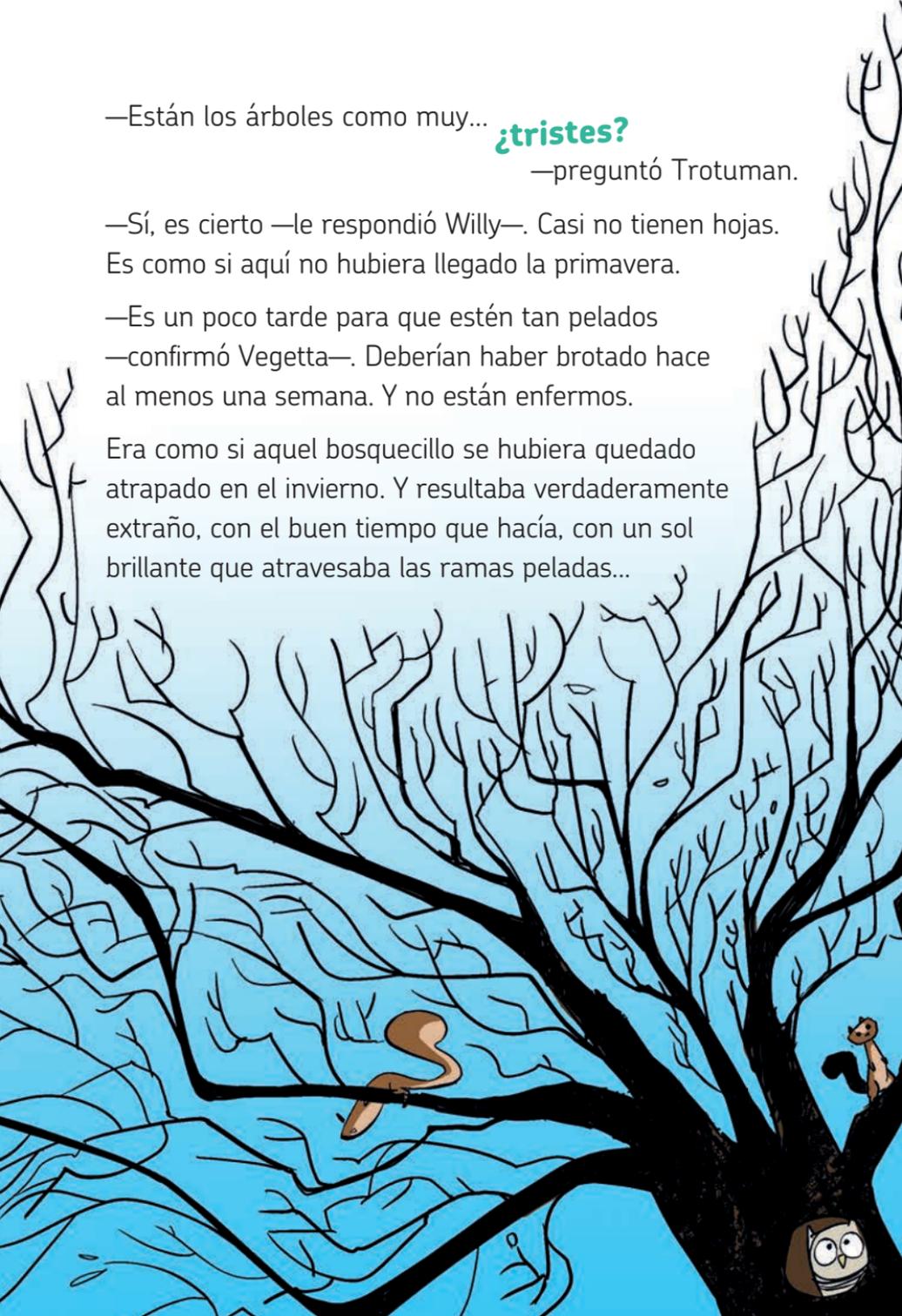
—Están los árboles como muy... **¿tristes?**

—preguntó Trotuman.

—Sí, es cierto —le respondió Willy—. Casi no tienen hojas. Es como si aquí no hubiera llegado la primavera.

—Es un poco tarde para que estén tan pelados —confirmó Vegetta—. Deberían haber brotado hace al menos una semana. Y no están enfermos.

Era como si aquel bosquecillo se hubiera quedado atrapado en el invierno. Y resultaba verdaderamente extraño, con el buen tiempo que hacía, con un sol brillante que atravesaba las ramas peladas...





Al no tener una explicación, decidieron no darle más importancia y ni siquiera se fijaron en el hecho, más extraño todavía, de que todas las fuentes estuvieran secas. Como ninguno de los cuatro sintió sed nadie se acercó a comprobar este detalle que, sin duda, les habría inquietado un poco más. ¿Cómo imaginar, en aquel ambiente, que un enorme peligro podía estar acechándoles? Un peligro desconocido, pero inminente.

—**¡Fijaos!**

—advirtió de pronto Vakypandy—.

Hay alguien ahí.

En efecto, había alguien, pero ¿de quién se trataba? Parecía una persona, aunque resultaba difícil distinguirla, pues los troncos de los árboles la ocultaban. Willy y Vegetta, viendo que el desconocido avanzaba con dificultad, decidieron acercarse por si podían ayudar. En apenas medio minuto los dos amigos y sus mascotas habían alcanzado a la persona en cuestión. Se trataba de una mujer mayor, pero que muy mayor, la típica abuelita encantadora. Llevaba el pelo blanco recogido en un moño enorme en lo alto de la cabeza. Aparte de un vestido ancho de color beis, calzaba zapatillas de andar por casa. No debía de ver muy bien porque al darse cuenta de que no estaba sola se ajustó las gafas (que eran de cristal grueso) y apretó los ojos procurando enfocar a los recién llegados.

—**¿Quiénes sois vosotros?**

—preguntó con una voz muy dulce, aunque algo quebradiza por la edad.

—Es lo mismo que iba a preguntar yo —dijo Vegetta, saludando con una inclinación de cabeza—. Yo soy Vegetta y este es mi amigo Willy. Ellos son Vakypany y Trotuman.

—**¿Podemos echarle una mano?**

—preguntó entonces Willy—.

¿Se ha perdido usted?

—No, hijito, no soy yo la que está perdida. Conozco este bosque muy bien. —Esta afirmación sorprendió al grupo, pues nunca en la vida habían visto a esa señora y eso que conocían de sobra a todos los habitantes de Pueblo. Quizá era una turista habitual—. La que se ha perdido es mi nietecita. Por más que la busco, no la encuentro.

—Ah, bueno. Es normal perderse en el bosque —respondió, tranquilizador, Vegetta—. Hay muchos caminos y a veces resulta un poco lioso. Pero seguro que aparece enseguida.

—**¡Aaayyy!**

—se lamentó entonces la anciana—. Pero es que sin mi pobre nieta no sé qué hacer. Ella es la única alegría de mi vida.

Al decir esto se puso a llorar de forma tan desconsolada que daba mucha pena. Además se le empañaban las gafas y dejaban de vérselo los ojos.

—Tranquila, mujer —dijo entonces Willy, para calmarla—. Podemos buscarla. Seguro que no ha ido muy lejos. Este bosque tampoco es tan grande.

—En realidad ocupa media comarca —indicó, muy preciso, Trotuman.

—Calla, hombre —le riñó Vegetta—, que la vas a poner más nerviosa.



—Perdón, no me di cuenta. Tranquila, señora. Con mis dotes de rastreador seguro que la encontramos en un momento.

—Os lo agradecería tanto, muchachos —respondió la mujer, aún llorosa, pero más tranquila.

—No se hable más —zanjó la cuestión Willy—. Yo me encargo de buscarla con la ayuda de mi amigo Trotuman... «el rastreador». Vegetta y Vakypandy se quedarán haciéndole compañía.

—**¡Oh, no, no hace falta!**

—se apresuró a responder la abuelita—.

Yo me quedaré aquí, sentada en un banco, y os espero. No necesito compañía.

—Como quiera. Entonces la buscaremos entre los cuatro. Así será más rápido.

Con estas palabras Willy, Vegetta y Trotuman emprendieron la marcha cuando, de pronto, escucharon la voz de Vakypandy.

—A ver, chicos... **¿no se os olvida algo?**

Willy se tocó la cabeza. La boina estaba en su sitio. Vegetta comprobó el chaleco. Sí, le quedaba muy bien. Trotuman comprobó que llevaba puesto el caparazón... Bueno, cómo no lo iba a llevar puesto, si le viene de serie. Vakypandy sacudió la cabeza y los sacó de dudas:

—**¡Que no sabemos qué pinta tiene la nieta!**

—Ah, es muy reconocible —respondió la anciana, con una sonrisa encantadora—. Tiene la piel muy clara, el pelo rojo, lleva un vestido rojo y zapatos rojos.

—Madre mía —dijo entonces Trotuman—.

¿No se llamará Caperucita?

—No —fue la respuesta de la mujer.

—Vale, con eso creo que será suficiente —dijo Vegetta, haciéndole un gesto a Trotuman, en plan «No te pases».

—Pues vamos —añadió Willy—. Al menos esta aventura va a ser corta y sencilla.



Los cuatro amigos echaron a andar por el sendero del bosque. Con las señas que les había dado la señora no resultaría muy difícil encontrar a la nieta. Tanto color rojo destacaría mucho sobre el paisaje, por lo que solo era cuestión de tener los ojos bien abiertos.

—¿Quién será esta mujer? —se preguntó Vegetta.

—Ni idea —fue la respuesta de Trotuman—. No es de Pueblo, eso seguro.

—Yo tampoco la había visto nunca por aquí —confirmó Vakypany—. Están pasando demasiadas cosas raras,

¿no os parece?

—Bueno, no nos preocupemos en exceso. Unos árboles un poco secos y una anciana que pasea con su nieta por el bosque y la niña se pierde. Tampoco es tan extraño, ¿no? —respondió, sonriendo, Trotuman.

—Lo que es raro es este suelo —dijo de pronto Willy—. Es como...

—Sí... Como **¿blando?**

—confirmó Vegetta la impresión de su amigo.

—Un poco pegajoso también, ¿no? —preguntó entonces Vakypany.

Mientras hablaban, no dejaron de caminar hasta que de pronto se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Vegetta fue el primero en hablar:

—Un momento, no es que esté blando...

—Es cierto —le respondió Willy—. Esto es... Esto son...

—¡ARENAS MOVEDIZAS!

—exclamaron los cuatro a la vez.

Demasiado tarde. Ya estaban atrapados, hundiéndose poco a poco. De la forma más inesperada se habían metido en un lío y todo había empezado como un simple paseo por el campo. ¿Había llegado el fin de Willy, Vegetta y sus mascotas de una manera tan absurda?

